

autobiografía

TERESA  
PAMIES



## Diez instantáneas

**1** En mi álbum personal no hay foto de primera comunión. Mis padres «negociaron» el evento, cedieron algo en sus principios y «consensuaron» una ceremonia discreta y sin costes. Aquel domingo, mi padre salió de mitin por la comarca de la Noguera (Lérida) exigiendo la tierra para el que la trabaja y mi madre me condujo al templo de San Salvador, vestida de organdí blanco, atuendo prestado por una vecina beata y entrometida. Sólo hubo que comprar las medias. Y no hubo foto para la historia.

La primera vez que me retrataron tenía dieciséis años y salía de un largo luto por mi abuela paterna. Trabajaba de oficiala modista y colaboraba con mi padre escribiendo a máquina las facturas de su agencia de transportes «El rápido», con la que se

VIVIR para ESCRIBIR



emancipó de su condición de payés sin tierra propia. Así aprendí a escribir en «Underwood», lo que aprovechó mi padre para que le mecanografiara artículos revolucionarios no solicitados, entregados personalmente a la revista local «Pla i Muntanya» y enviados por correo a «Iskra» y «Catalunya Roga». Pocos se imprimieron, y bastante mutilados, más yo practicaba con la «Underwood» y adquiría rapidez y soltura frente al mágico teclado. Nada me ha sido tan útil en la vida como saber coser y escribir a máquina.

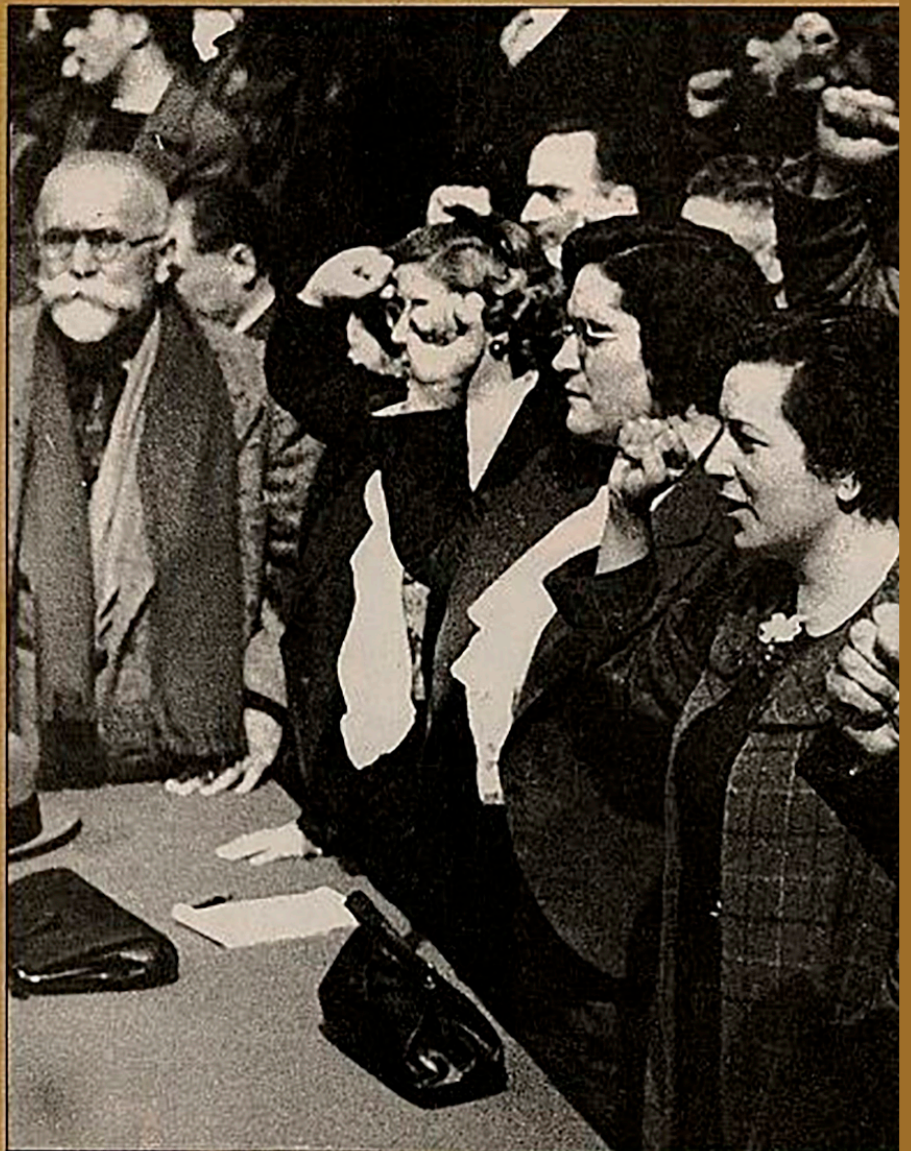
Había República en España, gobierno autónomo en Cataluña y bailábamos el charleston; mi ídolo cinematográfico era Henry Garat y mi héroe romántico se llamaba Carlos Prestes, «O caballero da esperança» preso en las mazmorras del tirano brasileño Getulio Vargas. Como muestra la foto yo llevaba el pelo corto y chafado con brillantina.

No me maquillaba ni calzaba de tacón sino zapato bajo y tobilleras. En la foto presumo de cremallera, una novedad que, en esa época, constituía casi un lujo y signo de progresía. Por la cremallera semi abierta se adivina la combinación de poco escote, blanca, de algodón y sin forma, de manera que el pecho quedaba despachurrado como el de la monja Alférez. No llevé sujetador hasta los veinte años porque una camarada veterana me aseguró que andar con las tetas sueltas era decadente y yo me consideraba en la vanguardia de la clase ascendente. De mi infancia y adolescencia hablo en mi libro *Crónica de la veñlla*, Editorial Selecta, 1975, Barcelona.

**2** Tengo diecisiete años. Promovida a la dirección de la JSUC fui catapultada a Barcelona. En noviembre de 1936 participo en un «mitin monstruo» en la Plaza Monumental, acto unitario de solidaridad con el Madrid asediado por las tropas del general Mola. A mi derecha está el venerable socialista Acevedo, seguido de Aurora Arnaiz, vasca, miembro de la dirección de la JSU de España (hoy, catedrático en México), Federica Montseny, de la CNT, ministro de Sanidad poco después, Dolores Bargalló de ERC y el señor Vanderbelde, presidente de la Internacional Socialista. Ese día lucía un sol espléndido y a dife-

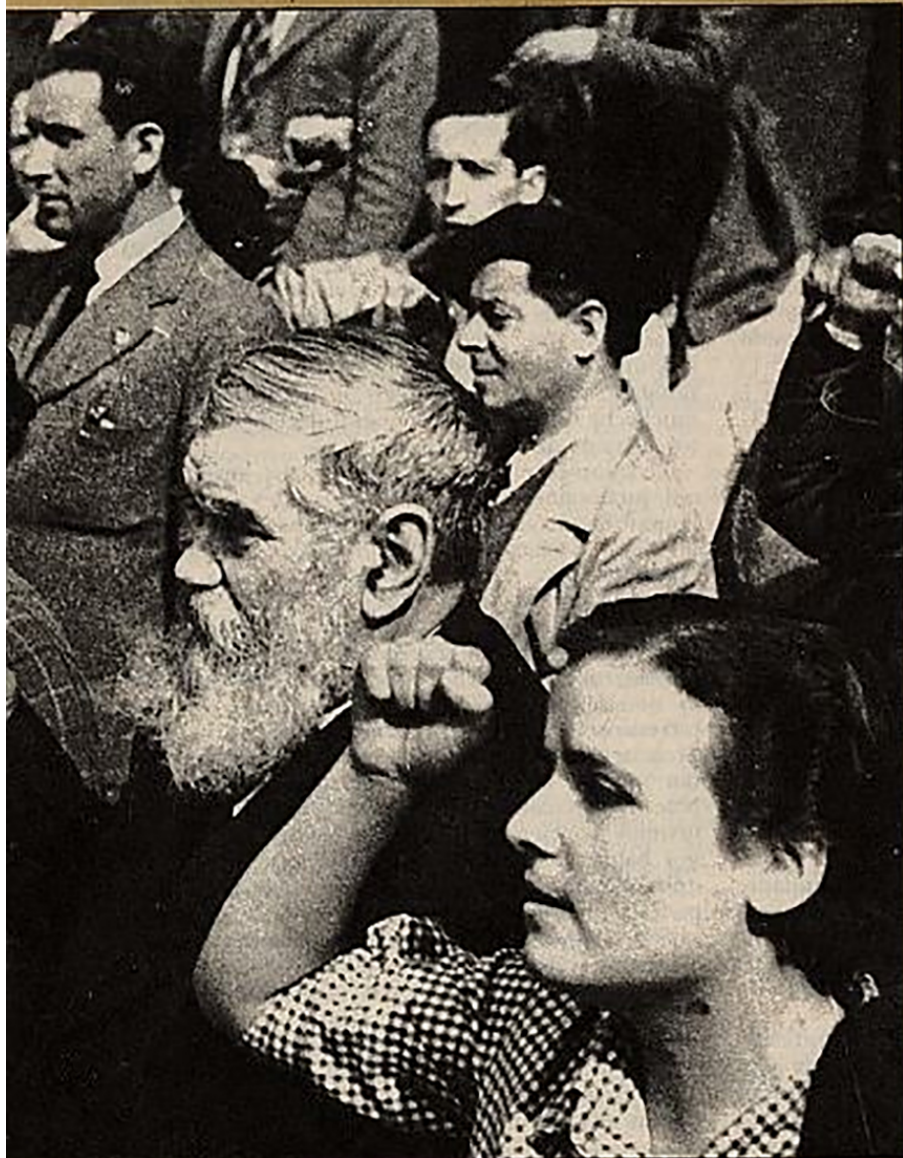
rencia de los veteranos yo no necesitaba jersey ni bufanda. Llevaba blusa camisera de algodón a cuadros blancos y azules, regalo de unos marinos soviéticos que trajeron víveres y algodón. Acaso transportaban armas, pero no lo decían. Los fascistas acababan de hundir el «Komsomol» en el Mediterráneo.

La foto recoge la indumentaria femenina predominante en ese primer año de guerra. Las dirigentes maduras se acicalaban con volantes vaporosos entorno al escote, graciosos abrigos de entretiem po y flores de piqué blanco como detalle femenino. Las muchachas éramos menos convencio-



nales y preferíamos las blusas, la falda pantalón y las botas de soldado. En el momento de tomar la histórica foto, el presidente Lluís Companys se dirigía a los micrófonos.

El mitin se retransmitía por radio y en la plaza Mayor de mi pueblo se congregó mi numerosa familia entorno al abuelo paterno para escucharme a través de los altavoces del «Café de ca'n Pau». El acto tuvo tal resonancia que me proyectó hacia la constelación de los populares. Y en aquella guerra, tener diecisiete años, ser chica y ser famosa, era maravilloso. Sin esas vivencias no habría escrito *Quan erem capitans*, Premio «Joan Estelrich» 1974.



**3** Montgat, Barcelona, 1937. Tengo dieciocho años y me enamoro de un muchacho cuatro años mayor, aragonés radicado en Cataluña, soldado en una unidad republicana, dirigente de la JSU de Barcelona, flaco, tímido y «castigador» al estilo de entonces, o sea: inofensivo. Un día bajó de permiso a la retaguardia y con su hermano pequeño (primero a mano izquierda) y el joven fotógrafo Francesc Boix (de pie y apoyado en las rodillas) nos fuimos a la playa.

Después habría cartas, muchas cartas, del frente al Hotel Colón (sede de la JSUC) y viceversa. Aquella misma noche vimos la película soviética «El diputado del Báltico». Me presentó a su familia y fuimos a Balaguer, camino de Aragón, a presentarle la mía. Mi abuelo paterno no entendía el castellano y ofició de traductora.

Hacia mucho frío. Era el segundo invierno de la guerra. Fue una visita triste y la familia no estaba de talante festivo. De todos modos, no habría boda. El noviazgo se frustró y diecisiete años más tarde culminaría en un concubinato que duraría un cuarto de siglo para claudicar ante el Registro Civil por aquello de que una se hace vieja y las concubinas no figuran en la cartilla de la Seguridad Social del concubino. Pequeñas deserciones que se llevan giros de alegría y de autoestimación cuando careces de talante clínico y contemporizador. Mi libro *Amor clandestino* evoca esa historia de serial radiofónico.



**4** Nueva York, agosto 1938. Delegada al Congreso Mundial de la Juventud por la Paz celebrado en Vassar College y patrocinado, entre otros, por la señora Eleanor Roosevelt. La delegación es unitaria. La foto fue tomada en la cubierta del barco que nos llevó a los EE.UU. desde el puerto francés de Le Havre. La bandera tricolor sostenida por las dos chicas de la delegación (Margarita Robles y una servidora) fue entusiásticamente saludada por decenas de miles de norteamericanos. En la foto puede verse a Manuel Azcárate, Serafín Aliaga, el doctor Martí Ibáñez, Ricardo Muñoz Suay, Alfredo Cabello y el vasco José M.<sup>o</sup> de la Lombana. El señor sonriente y algo mayor era el traductor, un panadero puertorriqueño llamado Ibáñez. El «dandy» de sombrero de fieltro a lo Gardel era el representante de la juventud de Izquierda Republicana. Yo iba de blusa blanca y falda azul marino. El comité de recepción me recriminó seriamente porque iba sin medias. Me compraron unas de seda con ligero incluido. El verano newyorquino era tan sofocante que no las llevé ni un día.

Durante varias semanas recorrí muchas ciudades de Norteamérica para hablar en actos públicos sobre la causa de la República española y reunir fondos para fletar un barco de alimentos y ropa que llegaría al puerto de Barcelona poco antes de perderla.

Las peripicias del fabuloso viaje y su significado se recogen en varias páginas de mi libro *Quan erem capitans*. Algunos de los compañeros que figuran en la foto murieron, otros perdieron el pelo o

peinan canas. A Margarita la ví años después en una piscina de México. Había engordado y estaba casada. Era muy «sexy» y los hombres se la comían con unos ojos algo estúpidos. A mí no me importaban. Era el tipo tosco e impertinente de muchacha que «intimida», según decían los machitos ibéricos de la promoción.

Teóricamente yo era partidaria del amor libre tan jubilosamente defendido por Alexandra Kollontay hasta que leímos el rapapolvo que Lenin le diera a Clara Zetkin a propósito del famoso «vaso de agua». Entre los chicos y chicas de la época se crearon unas relaciones de nuevo tipo, pero la ignorancia de la propia sexualidad y el lastre de la tradición represiva y atrofiante frustró el desarrollo de aquellos brotes renovadores. Todo lo que la revolución de octubre liberó en ese terreno sería reprimido en nombre de «principios proletarios» para promover un nuevo puritanismo tan nefasto como la vieja gazmoñería religiosa. Nuestra sexualidad fue pobre y triste y de eso tuvimos conciencia demasiado tarde, cuando ya nos habían robado los años más hermosos. Si en unos pesaba el miedo a «pecar», en otros incluso poderosamente el deseo de no caer en la «degeneración burguesa». Salvo raras excepciones, mi generación —y no me refiero sólo a las chicas— no pudo realizarse sexualmente. Constatarlo en la menopausia resulta bastante triste.

Hay que reconocer, mirando la foto de ese día en Nueva York, que el grupo de jóvenes republicanos españoles era simpático y las muchachas parecíamos absolutamente felices. Creo que lo éramos.

**5** México, 1946. El primer hijo. La experiencia más enriquecedora de mi vida. Desear intensamente un hijo, vivir minuto a minuto su gestación, esperarlo ilusionada, parirlo y amamantarlo. Ser madre por querer serlo. En la foto mi hijo tiene 20 días y lo he sacado a pasear a Chapultepec, envuelto en una manta de lana celeste, esponjosa y fragante de agua de colonia. El niño duerme confiado en el regazo de una madre de 27 años que ha salido más gorda del parto. Y más mujer.

Antes de tres meses a partir de ese primer paseo nos embarcaríamos hacia el Sur para tomar un avión en Montevideo que nos devolviera a la Europa liberada del fascismo. Viaje largo, accidentado y dramático que he narrado en mi libro *Gente del meu exili* y cuyo personaje central es un niño de meses que dormía en la red porta-bultos del avión, en una maleta y sobre el banco de alguna estación de tránsito.

El primer hijo del éxodo. Los otros tuvieron mejor suerte, pero antes de afinarse en la tierra de sus padres conocerían todos los inconvenientes del desarraigo y todas las satisfacciones de la solidaridad humana. Mis hijos nacerían en México, en Praga y en París, pero no tuvieron país propio hasta pisar y arraigar en la tierra de sus padres. Y no ha sido fácil. En mi libro *Va ploure tot el dia* evoco algunos episodios de ese combate.



**6** Praga, 1950. Soy la única mujer de la delegación española en el Congreso Mundial por la Paz, que tuvo que celebrarse fragmentado, en dos sitios simultáneamente: París y Praga. La guerra fría estaba en sus inicios. Las delegaciones del Este no podían entrar en el Oeste. Picasso dibujó, para ese congreso, su famosa paloma. Los españoles exiliados en Praga estaban representados por los cinco de la foto, de los cuales murieron cuatro: Víctor Velasco, periodista madrileño; Antonio Cerdón, general republicano; Juan Blázquez, alias «César», general de los «maquissards» durante la ocupación alemana de Francia, expulsado de territorio francés pese a sus medallas, y Ramiro Aguado, ex combatiente del Quinto Regimiento, expulsado de Francia tras brillante participación en la resistencia, que fue a parar a



Radio Praga, donde yo me incorporé también a mi regreso de América, vía Yugoslavia y Francia.

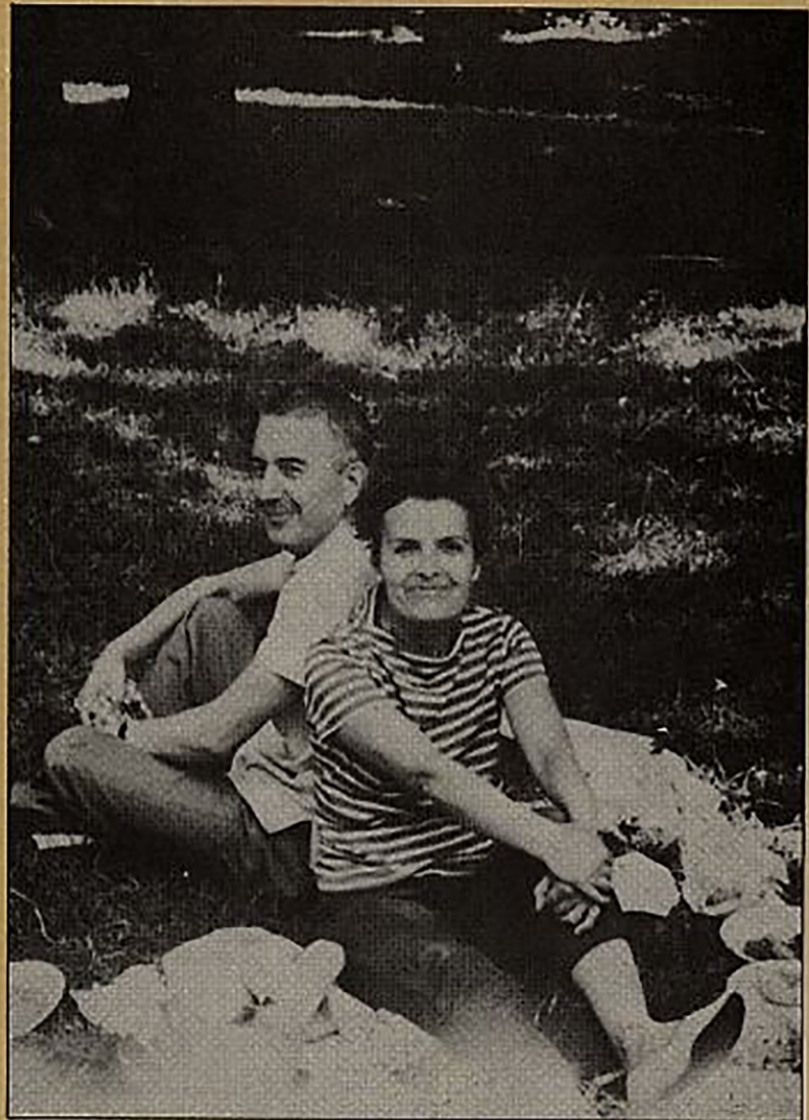
La experiencia checoslovaca fue, política y profesionalmente, apasionante. En varios de mis libros lo reflejo en sus variados aspectos, muy especialmente en la obra *Testament a Praga*, que contiene las memorias de mi padre, allí enterrado. Con ese libro ganaríamos el Premio «Josep Pla 1970» el cual, pese a los diez años transcurridos desde su publicación en Barcelona, sigue interesando al público por su autenticidad.

Se ha dicho que en Praga se hallaba la «Pirenaica». No es cierto. Un grupo de españoles trabajábamos en la Radiodifusión estatal checoslovaca, sección de ondas cortas en castellano y, una vez por semana, en catalán. Su principal objetivo era dar a conocer el país en todas sus facetas y yo me especialicé en el reportaje. Naturalmente, buena parte del espacio se dedicaba a la difusión del antifranquismo con artículos, sainetes, poemas, chistes y villancicos. Conseguimos hacernos oír en España, puesto que recibíamos miles de cartas a través de Francia o directamente.

Durante 12 años combatí la dictadura fascista desde los entrañables micrófonos de «Ceskoslovensko Rozhlas». En mi libro *Gent del meu exili* evoqué con emoción la vida cotidiana de una refugiada española en una república socialista. Algunos de los checos y eslovacos que conocí son inolvidables.

**7** París, 1964. Una clandestinidad soportable. Domingo de picnic en el parque de Saint Cloud, con los niños. Misteriosa pareja para la gente «normal» del vecindario, porque el señor aparecía y desaparecía, los hijos no hablaban nunca de su padre y la señora no recibía correspondencia por estar declarada en el registro de extranjeros en una dirección prestada. Había que proteger al «amante» pendiente de una orden de expulsión de Francia.

Nadie lo diría, mirando la foto dominguera, que la pareja tenía una vida tan complicada, aunque mucho más se complicaría en la clandestinidad de España. De todos esos llos se habla, sin dramatizar, en mis libros «Va ploure tot el dia» y «Amor clandestí», libros escritos y publicados en Barcelona entre 1973 y 1975 después de que una madrugada llamaran a la puerta de mi piso en Barcelona seis tíos de gabardina con orden de registro y detención por ser «la amante» de un jefe comunista cuya presencia ilegal en Cataluña conocía la Policía. Debían considerarme una pánfila, puesto que entraron directamente a la alcoba creyendo encontrar «el pez gordo» que buscaban. El chasco que se llevaron les volvió más desagradables. En 15 días escribí la curiosa experiencia y *Edicions 62* se batió tenazmente para publicarlo. Sacrifiqué 30 líneas que, en la sexta edición, serían incorporadas.

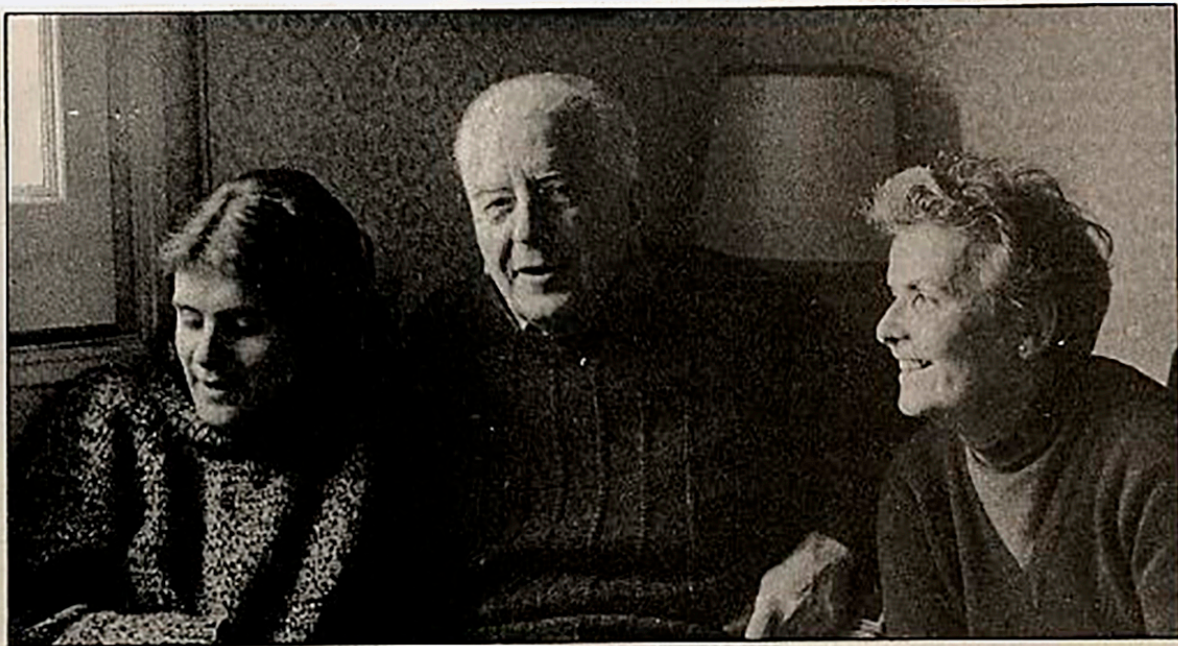


**8** Barcelona, 1974, con mi hijo Sergio. Gano mi segundo premio literario, el «Joan Estelrich». El primero había sido el «Josep Pla 70» con «Testament a Praga», lo que me facilitó el retorno al país, éxito de público y cierta protección a la comunista que volvía sin renunciar a sus ideas. Así empezó «una carrera literaria» que, en 10 años exactamente, se plasmaría en 15 libros editados en catalán y cuatro en castellano. Diez años, siete de los cuales llevaría una existencia abierta como escritora-madre soltera-retornada del exilio-amante de un dirigente comunista casi mítico. No fue fácil combinar tantas cosas, pero tenía claras las motivaciones. Lo triste es que envejecíamos y las largas separaciones ponían de relieve, en cada encuentro clandestino en pisos prestados y bosques de la periferia, las arrugas de la piel y el cansancio anímico.



**9** Barcelona, 1977. Se acaba la clandestinidad del «pater familias». Ya puede vivir con los suyos. Se traslada del domicilio anónimo al legal, con dos maletas y una caja de libros. Añade su nombre al buzón que durante siete años sólo tuvo el mío. Se inicia la normalidad, pero ya no hay vida de familia posible. La conquista de la legalidad comporta nuevos esfuerzos, una dedicación total a la actividad política y a la liturgia.

Cuando el dirigente clandestino es proyectado al Parlamento por el voto popular, la política se vive de manera distinta. No me gusta. No me gusta nada. Excluye la vida personal y, humanamente, empobrece considerablemente al político. Me resisto a caer en el engranaje. Me niego a ser la «consorte». Los periodistas se lanzan a la caza de las «intimidades» de los flamantes políticos. Quiere que la «señora» revele el color de los calzonci-





llos del cónyuge y sus guisos favoritos. Tengo que imponer mi voluntad de independencia a todos los niveles y, a la vez, mis criterios revolucionarios sobre la praxis política.

En esas condiciones la vida de la pareja es decepcionante pero ayuda a superar los escollos, el mutuo respeto a la propia identidad y, en gran medida, el paso de los años que sosiega la sangre y modera los ímpetus.

La legalidad de los partidos obreros produjo, en la mentalidad de mucha gente que me lee y que milita conmigo, deformaciones típicas de una sociedad tan machista como la nuestra. Al «enterarse» de mis vínculos con el dirigente comunista dedujeron que mis escritos y conferencias son «el eco», el reflejo de criterios y actitudes del hombre con el que vivo. En este sentido, la legalidad me hizo la santísima.

El feminismo ha contribuido bastante a combatir tales prejuicios, pero tampoco las feministas creen en la autonomía de la mujer del «personaje». Es en el campo del feminismo radical donde se mantiene la hostilidad hacia las mujeres como yo, aunque obra y comportamiento sean intrínsecamente feministas.

¿Desencantada de las consecuencias de la nueva situación en mi vida personal? En absoluto. Si llaman de madrugada ya no tengo que temblar. Lo importante en la vida de nuestra familia ha sido y es el vínculo afectivo, el respeto a la individualidad de cada uno y compartir un mismo proyecto de sociedad. La nueva situación es una lata pero no un empeoramiento.

**10** Granada, 1980, con mi hijo Antonio. Una semana de turismo en familia, sin reuniones, ni teléfono, ni forofos, ni conferencias, ni liturgia. Una pareja sexagenaria paseando por la Alhambra o el Albaicín. Ocho días compartidos con el hijo que se ha hecho hombre y tiene nido propio, reviviendo momentos entrañables de la infancia exiliada y, a la vez, nuestros años de pareja joven todavía.

Una escapada a la vida privada, cada vez más deteriorada por la llamada «responsabilidad política» cuando la política se vive al borde de la esquizofrenia.

La escapada a Granada también me proporciona material para un libro, el último publicado en Barcelona y cuyo título, *Busquet-me a Granada*, sugiere perfectamente lo que significó para nosotros.

¿Vivir literalmente? Yo no diría tanto. Sin embargo, estoy convencida de que asumir la vida en todas sus facetas puede dar a una vocación lo esencial para realizarse. Se da la circunstancia de que mi generación ha vivido situaciones históricas excepcionales: una guerra civil tras la esperanza del 14 de abril de 1931; exilio, cárceles, tortura, y la nueva esperanza del 15-J. Me niego a aceptar que esa esperanza haya muerto asfixiada en el tremadal del desencanto. Abrir paso a esa esperanza para seguir escribiendo. ■ T. P.

Barcelona, 2 de enero de 1981.

